

Tiene razón Bernardino en estar molesto. Como decía Fidel Velázquez: vivir fuera del presupuesto es vivir en el error

► Quejas y anécdotas

IVÁN FARIAS

Un amigo escritor, ya entrado en años, me decía que antes no había becas ni subvenciones estatales; que en sus años se escribía por el gusto de hacerlo. Esto viene a colación porque saliendo de una lectura un tipo *grueso*, con ínfulas de ser “el artista”, se me acercó y dijo que mi narrativa era muy frívola, que no era combativa, que no había manera de salvarla. Acto seguido me inquirió por mis premios, y con quien había “tallereado” mis textos. Me reí y lo dejé con la palabra en la boca.

Camino al hotel pensaba en cómo el escribir (y en la poesía más) se ha ido convirtiendo en un símbolo de *status*, en una especie de *modus vivendi* para ser *aviador*. En alguna otra reunión con un conocido editor de varias revistas literarias, un escritor local habla sobre sus grandes conexiones con las plumas del país y del extranjero. Se jactaba, ante el editor, de marcada tendencia crítica, con su corbata chillante y sus grandes lentes sobre la “bola de vividores” que están en la nómina estatal, que no “aportan nada a la cultura”. Me parecía curiosa esa posición porque cuando yo trabajaba en el Museo de Arte de Villachica e iba por mi cheque quincenal, él estaba justo abajo de mí en la nómina de pagos.

Pero la idea central de este texto no es el sacar a relucir las inevitables triquiñuelas de artistas diversos, sino sólo mostrar que los apoyos estatales pueden ser malversados para el beneficio propio y nunca verse reflejados en la sociedad. Cuentas enormes de restaurantes, aviones y autobuses destinados a unos pocos que nunca dejan una huella en la gente de su comunidad.

Creo que sí, las becas y demás apoyos para los diversos grupos artísticos deberían repensarse para poder de verdad tener un país de lectores, crear un mercado de arte y en lo posible dejar de *perrear* las becas nacionales. Porque eso es en lo que se convierte las bolsas y demás apoyos que brinda el Estado, una batalla campal en donde uno no acaba de sentirse seguro de que (como todo en este país) se haya realizado con justicia.

## Víctor desahoga sus penas con la armónica

JUAN LUIS CRUZ PÉREZ

“Tal vez tener un hijo es lo que le faltó a mi vida para ser completamente feliz, pero es en la música donde me encuentro conmigo y tocar por las calles, además de ayudarme a mantenerme, me permite desahogarme”, asegura Víctor Téllez.

Maestro jubilado de español y músico por afición, don Víctor pasa algunas horas del día “vagando” por las calles de Tlaxcala, Chiautempan y Zacatelco con una maleta al hombro, en donde guarda sus compañeros de andanzas: sus instrumentos musicales.

Una vieja armónica de madera y metal, una lata que en algún momento sirvió de envase de leche y un clavo de acero de por lo menos cinco pulgadas, son los instrumentos de su orquesta.

Don Víctor llegó a Tlaxcala hace más de cinco décadas, pues su padre decidió trasladarse a esta entidad con toda su familia, con la esperanza de encontrar un mejor futuro para su descendencia.

“Llegamos a esta tierra cuando todavía había mucha vegetación y el río (Zahuapan) estaba limpio. Como muchas

Este docente jubilado reconoce que lo único que le faltó en su vida es procrear un hijo, pero en la música ha encontrado una actividad que le permite encontrarse con él mismo

de las familias que venimos de provincia, éramos muy unidos y esforzados, porque éramos siete hermanos, así que todos debíamos entrarle al trabajo para ayudar a nuestros padres”, recuerda el ex profesor con cierta añoranza.

Recuerda que a pesar de las limitaciones propias de la familia, vivió una infancia feliz, “con muchas vivencias. En la niñez conocí a don Fausto, un cerrajero que tocaba muy bonito la armónica, él fue quien me enseñó los secretos de este instrumento musical”.

Desde entonces, don Víctor tomó el gusto por la música y en especial por ese instrumento de viento, a través del cual tiene en su repertorio más de 120 canciones.

La armónica es un instrumento de viento, del grupo de instrumentos de viento-madera y del subgrupo de instrumentos de lengüetas libres. Se toca so-

plando o aspirando el aire sobre uno de sus agujeros individuales o sobre múltiples agujeros de una vez. La presión causada por soplar o aspirar en las cámaras de las lengüetas causa que éstas vibren arriba y abajo creando sonido.

Don Víctor se ha convertido en un especialista de este instrumento y asegura que cada cámara de la armónica tiene múltiples lengüetas de tono variable, de latón o bronce, que están sujetas y aseguradas por uno de sus lados y suelto en el otro extremo, siendo el extremo suelto el que vibra y crea el sonido. Cada lengüeta tiene un tono individual, cada tono está determinado por el tamaño de la lengüeta.

Ese gusto por la música lo combinó adecuadamente con sus estudios, pues antes de los 20 años de edad, revela, se graduó como maestro de español, porque “aquí donde me ve soy

maestro jubilado y a mucha honra, lo que me gana cantando en las calles me ayuda a completar el gasto”.

Desde hace 11 años logró su jubilación en una secundaria del Estado de México y casi de inmediato se regresó a Tlaxcala para empezar su nueva aventura.

“Al principio tenía la idea de dar clases de armónica, porque se está perdiendo esta tradición. Pero no se concretó el proyecto, por eso mejor decidí salir a las calles a tocar mi música y, de paso, me sirve para ganar unos pesos para comprar los frijoles de la casa”.

Con una esposa que mantener y una pensión de 3 mil pesos mensuales, don Víctor reconoce que no es la necesidad la que lo hace salir a las calles a interpretar su música.

“La vida me ha dado casi todo, tal vez tener un hijo es lo que le faltó a mi vida para ser completamente feliz, pero es en la música en donde me encuentro conmigo y tocar por las calles, además de ayudarme a mantenerme, me permite desahogarme”, asegura don Víctor, antes de entrar a un puesto de tortas a tratar de llevar alegría a los parroquianos.



Don Víctor Téllez se ha convertido en un especialista de la armónica, instrumento que aprendió a tocar cuando era niño y ahora utiliza para obtener ingresos para él y su esposa ■ Foto Alejandro Ancona